

MARÍA, MUJER DEL ADVIENTO

(Mensaje de Adviento noviembre-diciembre 1987)

Queridos hermanos y hermanas:

El *Adviento* es el tiempo de la espera de Jesús. Estos días que nos separan de la Navidad están dominados por la figura de una mujer que se nos muestra en la cumbre de su feminidad porque espera una hijo: *MARÍA*.

Muy particularmente en este AÑO MARIANO fijamos nuestra mirada en la Virgen expectante para contemplar en ella a la mujer en toda la sublimidad de su ser, con todas sus virtualidades.

Dijo una conocida autora: «la mujer es como el cauce del río de la humanidad, del cual el hombre es la corriente impetuosa». Si el cauce es de piedra, las aguas correrán limpia y ordenadamente hacia el mar. Si el cauce es de fango, las aguas turbias, que no sirven ni para apagar la sed, desbordan las márgenes, se salen de «madre» y arrasan con todo.

El hombre y la mujer son distintos, pero no son opuestos, sino complementarios; como las raíces y las ramas de un mismo árbol, una y otro son la condición para las flores y los frutos.

Todo empeño igualitarista de hacer a la mujer totalmente semejante al hombre es violatorio de la dignidad de la mujer; como lo sería para el hombre si trataran de hacerlo idéntico a la mujer.

Pero en un mundo dominado por el hombre, los esfuerzos más serios por la promoción de la mujer pueden estar hechos por hombres con criterios demasiado masculinos: «tenemos que darle plena dignidad a las mujeres: hagamos que sean como nosotros», o por mujeres tan influidas por criterios masculinos durante siglos y milenios de sometimiento a los hombres, que llegan a pensar: «para tener plena dignidad, las mujeres tenemos que llegar a ser como los hombres».

Muchos hombres y mujeres de hoy se ponen así de acuerdo, pero casi siempre con criterios muy masculinos, acerca del papel de la mujer, de su liberación, de la familia, de la fidelidad, del divorcio, etc. Es quizá el último, o el penúltimo esfuerzo del machismo, que, cual lobo con piel de oveja, vuelve a proponerle a la mujer el patrón masculino de comportamiento como el que es correcto, el que promociona y libera.

Modo astuto de arrebatarse a la humanidad la riqueza tremenda e indispensable de lo auténticamente femenino.

¿Quién afirma que la eficacia vale más que la dulzura?

¿Quién dijo que fuerza es mejor que inspiración, que lo bello es lo útil?

¿Por qué el hogar es una prisión y la máquina de un taller es la libertad?

¿Tener un hijo es haber llegado demasiado tarde a la consulta de ginecología o es un gozo y una realización humana?

¿La virginidad es una escuela de amor, de pureza, de fortaleza de espíritu, que hace a la mujer capaz de un amor definitivo y que pone al hombre frente a la seriedad del amor verdadero; o es una barrera para que unos cuantos aprendices de pseudoamor sacien sus deseos?

Para ser moderna una mujer adulta o joven, ¿tiene que aceptar o al menos repetir una triste escala de valores que le propone cierta literatura, un tipo de cine y la opinión irreflexiva y masificada de las peluquerías o del barrio?, ¿pueden una mujer o un hombre cristianos dejarse ganar por un estado de opinión gris y mediocre?

Si nos inhibimos es decir que estamos convencidos de que la mujer es el alma del hogar, o que es bella la maternidad y un valor sublime la virginidad. Si no antepone en la práctica estos valores espirituales a toda una gama de criterios ramplones, tengamos cuidado, pudiéramos estar dejándonos impregnar por una mentalidad falsa, difusa, que aparece en distintos sistemas e ideologías, pero que tiene un denominador común: presentar como progreso y modernidad un comportamiento humano donde los valores no cuentan o se sacrifican a intereses económicos, políticos o de grupos de presión.

De la calidad de la mujer en una época determinada depende la marcha total de la civilización.

Que no dejen las mujeres de desempeñar hoy su propio papel: dulzura, inspiración, belleza de espíritu, corazón y sentimiento valen más que violencia, sexo, cálculo frío y crueldad. De esto último están llenas las páginas de la historia. Pero esta historia la han hecho los hombres y la han escrito también los hombres. Creo que la hora de la mujer no ha llegado aún; no se la dejen arrebatarse, queridas jóvenes, queridas madres y esposas.

En la Virgen María deben hallar Uds. su propio modelo actual de vírgenes y de madres. En ella debemos también encontrar los hombres inspiración y alma, pues sin esto no crecemos ni siquiera en estatura humana.

¡Bendita sea la Virgen María, que nos da a Jesús en esta Navidad y siempre!